

Sin destino (fragmento)



Imre
Kertész



entrale@ilce.edu.mx



4

[...]

Puedo asegurar que la espera no conduce a la alegría. Por lo menos ésa fue mi experiencia cuando por fin llegamos a nuestro destino. Es posible también que estuviera cansado, y el ansia por llegar me hiciese olvidar la idea: más bien me quedé apático. Recuerdo que me desperté sobresaltado, probablemente por el sonido agudo de las sirenas que aullaban fuera: la luz débil que entraba por la ventana anunciaba el alba del cuarto día. Me dolía un poco la parte inferior de la columna, a causa de las horas que llevaba en el suelo del vagón. El tren se había detenido, como otras muchas veces, siempre que sonaban las alarmas de combate aéreo. Todos nos agolpábamos detrás de las ventanas como siempre en esos casos, intentando ver algo. Al cabo de un rato, conseguí acercarme a una ventana. No vi nada. El alba era fresca y perfumada, los extensos campos estaban cubiertos por una niebla gris. De repente percibí por detrás de mí, de una manera inesperada, pero aguda y bien definida, como si sonara una trompeta, un fino rayo rojo; comprendí que era el sol que se levantaba. Aquél me pareció un momento magnífico: en casa a estas horas todavía estaría durmiendo. También vi, a mi izquierda, un edificio que anunciaba una estación, pequeña o grande, todavía no podía saberlo, pero una estación ferroviaria. Resultó ser un edificio minúsculo, gris y totalmente desierto, con pequeñas ventanas que estaban cerradas, y aquel techo ridículamente escarpado que había visto el día anterior por aquellos parajes. En la niebla matinal, el edificio iba cobrando una forma cada vez más definida delante de mis ojos, su color se iba transformando de gris a violeta, y las ventanas se iluminaron de repente con los primeros rayos de la luz roja del sol. Otros también vieron el edificio, y yo se lo conté a los que estaban alrededor. Me preguntaron si veía el nombre de alguna localidad. Y sí, lo vi: eran dos palabras que a la luz del sol se distinguían perfectamente; el cartel colgaba del lado más estrecho del edificio, debajo del techo, justo enfrente de nuestro vagón: "Auschwitz-Birkenau", eso leí, estaba escrito con las típicas letras alemanas, altas y onduladas. Traté en vano de acordarme de mis estudios de geografía, los demás tampoco tenían idea de dónde estábamos. Me senté, pues tenía que ceder el puesto a otro y, como todavía era temprano y tenía sueño, pronto me volví a dormir.

[...]

Primero oí unas voces, en alemán u otro idioma similar; parecía que todos hablaran a la vez. Por lo que entendí querían que bajáramos. Sin embargo, eran ellos que subían o eso me parecía, porque no había forma de ver nada. Se corrió la voz de que teníamos que dejar todas nuestras

pertenencias. Más tarde, como nos explicaron, nos las devolverían, pero desinfectadas y sólo después de la ducha que nos esperaba. “Ya era hora”, pensé.

Entonces, en medio de aquella masa humana, vi por primera vez a los hombres que se encontraban allí. Me sorprendió mucho, puesto que era la primera vez en mi vida que veía yo, por lo menos desde tan cerca, unos presos de verdad, con el típico uniforme a rayas de los delincuentes, el gorrito redondo y la cabeza afeitada. Mi primera reacción natural fue retroceder. Algunos de ellos respondían a las preguntas de la gente, otros examinaban el vagón y empezaban a desalojar el equipaje con la experiencia de mozos de carga profesionales y con una rapidez extraña, típica de los zorros. Todos ellos llevaban en el pecho, al lado del número típico de los presos, un triángulo amarillo; aunque no tuve dificultades para descifrar el significado de aquel color, de repente tomé conciencia de que durante el viaje casi me había olvidado de ese asunto. Sus caras tampoco inspiraban mucha confianza: orejas separadas, narices aguileñas, ojos pequeños, hundidos y pícaros. Según todos los indicios, parecían judíos. A mí todos me parecieron sospechosos o, cuando menos, extraños. Cuando nos vieron a nosotros, a los muchachos, su excitación fue evidente. Empezaron a susurrar frases rápidas, y entonces descubrí que los judíos no sólo teníamos el idioma hebreo, como yo había creído: “Reds di jiddish, reds di jiddish?” [¿Hablas yiddish?], preguntaban. Por nuestra parte sólo respondimos: “Nein” [No], lo que no les puso muy contentos. Entonces, lo comprendí fácilmente en alemán, querían saber cuántos años teníamos. Les dijimos: “Vierzehn, fünfzehb” [Catorce, quince], según el caso. Protestaron enseguida, gesticulando con manos y cabezas, moviendo todo el cuerpo: “Sechzain” [Dieciséis], nos susurraron por todas partes, “Sechzain”. Eso me sorprendió y les pregunté: “Warum?” [¿Por qué?]. “Willst di arbeiten?” [¿Quieres trabajar?], preguntó uno de ellos, clavando su mirada vacía y cansada en la mía. Le respondí: “Natürlich” [Naturalmente], para eso estaba allí. Después él me agarró el brazo con sus manos amarillentas, huesudas y duras, y me sacudió diciéndome: “Sechzain... Verstaist di? ... Sechzain!...” [Dieciséis... ¿Lo entiendes?... Dieciséis...]. Al ver que estaba enojado y que le daba tanta importancia a la cuestión nos pusimos de acuerdo entre los muchachos, y entre bromas le prometí: “Bueno, pues tengo dieciséis años.” Y que no hubiera entre nosotros —dijeran lo que dijeran, no tendría nada que ver con la realidad— hermanos, y menos—qué raro—gemelos o mellizos, y sobre todo: “Jeder arbeiten, nit ka mide, nit ka krenk” [Todos trabajan. No hay que cansarse, no hay que enfermarse). Eso pude oír en los escasos dos minutos que por entre el tumulto me costó llegar desde mi sitio a la puerta, donde por fin di un salto fuera, al sol, al aire libre.

Lo primero que apareció ante mí fue un inmenso terreno llano. Por unos instantes no pude ver nada, porque tanta luminosidad y tanto brillo blanquecino del cielo y de la tierra herían mis ojos. Pero

no tuve tiempo para contemplaciones; a mi alrededor todos iba y venían, no dejaban de hablar, de preguntar, de tratar de poner orden. Las mujeres —se decía— tenían que separarse de nosotros, puesto que no nos podíamos duchar todos juntos. Los viejos, los enfermos, los niños pequeños con sus madres y los que estaban agotados por el viaje irían en camiones que los estaban separando. Todo eso nos lo comunicaron otros presos que había en todas partes. Me di cuenta, sin embargo, que había también soldados alemanes, con gorros y solapas verdes, que los vigilaban y dirigían todo con gestos expresivos y decididos: su presencia llegó a tranquilizarme un poco, puesto que como iban tan bien vestidos y arreglados, eran los únicos en medio de todo aquel caos que inspiraban firmeza y tranquilidad. Oí a algunos de los adultos que se encontraban entre nosotros decir que tratáramos de colaborar, limitándonos en las preguntas y en las despedidas, para presentarnos delante de los alemanes como seres inteligentes, no como una banda de animales: yo no podía más que estar de acuerdo. Me sería difícil relatar el resto: una corriente fuerte e incontrolable de cuerpos humanos me llevaba, arrastrándome. Detrás de mí, una voz femenina gritaba algo a alguien sobre un “bolso pequeño” que se había quedado en sus manos. Por delante, una vieja trataba torpemente de avanzar, y yo oí que un muchacho bajito le decía: “Hágales caso, madre, ya verá cómo nos volveremos a ver pronto.” Con una sonrisa cómplice, como de persona mayor, se dirigió a uno de los soldados que había a su lado, y le dijo: “Nicho wahr, herr Offizier, wir werden uns bald wieder...” [¿Verdad, señor oficial, que pronto volveremos a...?]. Entonces, me llamó la atención un niño de cara sucia y de pelo rizado, vestido como un maniquí, que chillaba y trataba de liberarse con tirones y empujones de las manos de una mujer rubia, su madre. “¡Quiero ir con mi papá!”, gritaba, chillaba, aullaba, pataleando de manera ridícula con sus zapatos blancos sobre los guijarros blancos y el polvo blanco. Yo trataba de seguir los pasos de los muchachos, guiados por las indicaciones de Rozi, mientras una señora con un vestido de verano estampado trataba de abrirse camino, apartándonos a los demás, para ir hacia los camiones. Más adelante, un señor mayor, con sombrero negro y corbata también negra, daba vueltas, dejándose arrastrar y empujar delante de mí, mientras buscaba por todos lados, y gritaba: “¡Ilonka! ¡Mi Ilonka!” Un hombre alto con la cara huesuda y una mujer de pelo negro largo se abrazaban, apretándose estrechamente, y se besaban, impidiéndonos el paso a los que queríamos avanzar, hasta que la corriente arrastró a la mujer, o más bien la muchacha, separándola de su compañero, tragándosela por completo; todavía la volví a ver un par de veces, esforzándose por asomar la cabeza y hacer señas de despedida.

Todas esas imágenes y voces, todos esos acontecimientos me confundieron y me aturdieron un poco; era tanta la cantidad de gente que se unía en un solo torbellino raro y multicolor, casi disparatado, que no pude observar bien las cosas quizá más importantes. Por ejemplo, no podría

afirmar con exactitud si fue nuestro esfuerzo o el de los soldados o el de los presos o el de todos juntos el que consiguió formarnos en una sola y larga fila de cinco en cinco hombres —ya sólo de hombres—, que lenta pero decididamente avanzaba paso a paso. Allá delante, nos dijeron otra vez, nos esperaba la ducha, pero primero teníamos que pasar el examen médico. Nos explicaron, aunque era fácil adivinarlo, que se trataba de una examen de aptitud para el trabajo.

[...]

Después me puse a escuchar los llamamientos sin hacer mucho caso; me acuerdo que preguntaron si había entre nosotros mecánicos o gente que supiera de mecánica, luego por gemelos o mellizos, gente con deficiencias físicas y —en medio de alguna que otra risita— si había algún enano; siguieron por los niños, asegurándonos que todos ellos recibirían un trato especial, estudios en lugar de trabajo, en fin, todo tipo de ventajas. Algunos de los adultos nos animaban: decían que no perdiéramos la ocasión de pasar por niños. Pero me acordé de los consejos de los presos que habían subido a nuestro vagón; de todas formas, yo prefería trabajar a vivir como un niño, claro que sí.

[...]

El examen propiamente dicho duró sólo unos dos o tres segundos. Justo delante de mí estaba Moskovics; el médico le indicó enseguida la dirección del grupo más numeroso, extendiendo el dedo índice hacia el otro lado del camino. Oí que Moskovics trataba de explicarse: “Arbeiten... Schzehn...” [Trabajo... Dieciséis], pero una mano lo apartó de allí, y yo ocupé su lugar. A mí el médico me examinó con más detenimiento, dirigiéndome miradas reflexivas, serias y atentas. Me erguí para enseñarle mi pecho y —me acuerdo— sonreí ligeramente para paliar lo de Moskovics. Sentí confianza en aquel hombre, puesto que tenía buen aspecto y una cara simpática, alargada y bien afeitada, con labios finos y ojos azules o grises, en todo caso, claros y bondadosos. Pude fijarme bien en él, mientras apoyaba sus manos enguantadas en mis mejillas y me apartaba la piel de debajo de los ojos, con el típico gesto rutinario de los médicos. Al mismo tiempo, en voz baja pero clara, característica de los hombres cultos, me preguntó, como sin darle importancia: “Wieviele Jahre bist du alt?” [¿Cuántos años tienes?]. “Schzehn”, le respondí. Asintió con la cabeza, como aceptando la respuesta correcta, no la verdad, por lo menos ésa fue mi impresión. Tuve la sensación —quizá equivocada— de que estaba contento o aliviado, de que yo le caía bien. Entonces, moviéndome la cara hacia un lado e indicándome la dirección con la otra mano, me mandó al otro lado, donde estaban los aptos para el trabajo. Los muchachos ya me estaban esperando, sonriendo, contentos y victoriosos. Viendo sus caras relucientes comprendí la diferencia que había entre el otro grupo y el nuestro: era la victoria, si lo interpreté bien.

[...]

De lo demás, no puedo decir más que todo ocurrió según las indicaciones previas del preso. Se abrió la puerta y entramos en una sala donde había largos bancos con perchas encima de ellos. Encontré el número que me correspondía y lo repetí mentalmente varias veces para no olvidarlo. Até los dos zapatos con el cordón, como nos habían aconsejado. Entramos en una sala enorme y bien iluminada, donde había presos trabajando con navajas y máquinas rasuradoras: eran los peluqueros. Me acerqué a uno de ellos que estaba situado a la derecha. Probablemente me indicó que me sentara —yo no hablaba su idioma— en el taburete que había delante de él. Me cortó el cabello hasta el último pelo, dejándome la cabeza totalmente afeitada. Después cogió la navaja, me indicó que levantara los brazos y me afeitó los sobacos. A continuación se sentó delante de mí, en un taburete bajito. Sin decir palabra, me agarró el órgano más delicado y me quitó todo el vello con su navaja, toda aquella pelambrera que apenas había empezado a crecer y que constituía mi orgullo como hombre. Es posible que parezca absurdo, pero la pérdida de aquel vello me resultó aún más dolorosa que la pérdida de mi cabello. Estaba muy sorprendido y un tanto molesto, pero comprendí que sería ridículo salirme de mis casillas por una cosa que, al fin y al cabo, no tenía mayor importancia. Los demás muchachos se encontraban en la misma situación y les gastaban bromas al Suave, preguntándole cómo se defendería así con las chicas.

[...]

5

No puede haber, creo yo, ningún preso que al principio no se extrañe de su condición. También nosotros, los muchachos, estuvimos mirándonos extrañados en el patio al que llegamos después de la ducha. Me fijé en un hombre joven que estaba junto a mí, el cual se examinaba su vestimenta, palpándola de arriba abajo, con mucha atención y dedicación pero también con incredulidad, como si tratara de comprobar la calidad de la tela. Luego miró alrededor como si quisiera decir algo, pero al final no dijo nada porque vio que todos estábamos vestidos igual: por lo menos eso me pareció, aunque quizás estaba equivocado. Incluso con su cabeza rapada, con aquella vestimenta, con su uniforme de preso que le quedaba un poco corto pude reconocerlo por su cara huesuda: era el enamorado que una hora antes —porque una hora más o menos había pasado desde nuestra llegada hasta nuestra transformación completa— se había visto obligado a separarse de su enamorada con tanta pena.

En ese momento, de repente, sentí que me arrepentía de algo. Cuando todavía vivía en mi casa, encontré por casualidad un libro en el estante; se trataba de un libro cubierto de polvo que

probablemente nadie había leído jamás. El autor había sido un preso; yo empecé a leerlo pero no pude acabarlo porque no lograba entender el razonamiento del escritor. Me pareció que los protagonistas tenían nombres muy largos, muy complicados, imposibles de retener y, al fin y al cabo, aquel libro no me interesaba en absoluto; después de todo yo aborrecía la vida de los presos. Ahora que, sin lugar a dudas, lo iba a necesitar, no tenía ni idea de lo que allí se narraba. Lo único que recordaba era que el preso decía que se acordaba más de los primeros días de su cautiverio que de los últimos, a pesar de que éstos estaban más próximos al período en que escribió su obra. Esa sola idea ya me pareció sospechosa, pues creía que se trataba de una mentira. Sin embargo, ahora sé que decía la verdad: yo mismo recuerdo mucho mejor el primer día que todos los que siguieron.

Imre Kertész, *Sin destino*, Ed. Acantilado: Barcelona, 2001.